



Los Aquenés

Mercedes Soriano Trapero

Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

Colección: Novela

© Mercedes Soriano Trapero

Edición: Letrame Editorial.
Maquetación: Juan Muñoz Céspedes.
Diseño de portada: Antonio F. López.
Ilustraciones de interior y de cubierta: © Marisa Jiménez

ISBN: 978-84-1114-631-9

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Este libro va dedicado a todos aquellos que,
en algún momento de mi vida, no han creído en mí,
porque su menosprecio ha hecho que tenga todavía
más ganas de realizar todo aquello que me proponga
y cumplir mis sueños.

Porque la realidad ya es demasiado dura,
creamos en la magia y refugiémonos en la fantasía.

INTRODUCCIÓN

Allá lejos, muy lejos de toda civilización, enclavado en las montañas conocidas como «las Simas», al norte del país y de la tierra, nace, de entre las profundidades de las montañas, un río, el más largo y caudaloso de la zona: el río Magus, o mágico como lo llaman algunos, pues nadie conoce su nacimiento.

En su inicio parece salir de la propia montaña, de su interior, para después ir haciéndose más grande al recoger las aguas de esas formaciones rocosas tan majestuosas. Y, en su curso, va regando la frondosidad que cubre el terreno y saciando la sed de la fauna que vive en aquellos lugares.

A pocos kilómetros de su nacimiento, cuando todavía no se dibuja bien todo su recorrido y las rocas se escabullen entre sus aguas entrometiéndose en su camino... aquí, bajo las aguas, escondidos entre las rocas nos encontramos con una ciudad de seres maravillosos, emparentados con hadas, ninfas, duendes y elfos, conocidos como los Aquens.

Son seres con apariencia humana, orejas puntiagudas y membranas entre los dedos de pies y manos, que les facilitan su movimiento por el agua, además de un sistema de respiración que les permite estar tanto en la superficie como en el agua; por lo demás, su aspecto y resto de órganos es muy parecido al de los seres humanos. Su diminuto tamaño, apenas llegan a los diez centímetros en edad adulta, les hace estar siempre alerta por todos los peligros que les acechan, aunque el peor de ellos, sin duda, es la mano del hombre.

Cuidan de los ríos y de toda su flora y fauna, poseen cualidades mágicas y todos los sentidos los tienen muy desarrollados.

Su mundo, su ciudad, llamada Aquer, está gobernado por una reina, Scira, y un consejo de sabios, los más ancianos del lugar (los Aquens pueden llegar a vivir ciento cincuenta años aproximadamente). Todos tienen una labor en Aquer, pero lo que predomina por encima de todo es el respeto y cariño hacia la naturaleza y los demás seres vivos.

Las hadas y elfos les enseñaron todas las lenguas del mundo, además de muchas otras disciplinas que transmiten de padres a hijos, generación tras generación. Pero su idioma principal es el Aqu, un idioma del que se

desconoce su procedencia, que mezcla varios idiomas, incluso lenguas que hablan los humanos. Conocen también la forma de comunicarse de las plantas, los árboles y los animales, pues a ellos se dedican, amándolos y respetándolos como si fueran miembros de su familia.

Les gusta nadar con los peces, retándose mutuamente para ver cuál nada más rápido y volar subidos en los pájaros que, amablemente, se prestan a ello.

Su vida transcurre apaciblemente con los únicos peligros de algunos animales salvajes, que se los pueden comer por ser depredadores, y teniendo cuidado de que el hombre no los descubra. Sin embargo, existe un enemigo silencioso que está llegando, casi sin darse cuenta, a Aquer: la contaminación del planeta, que está haciendo que ríos, plantas y animales se vean afectados y, por ende, también ellos sufren las consecuencias. Contaminación que ni siquiera sus remedios mágicos puede frenar, solo aliviar momentáneamente, pero nunca parar, pues eso es algo que viene de más lejos.

CAPÍTULO 1

Los Aquens están muy preocupados por las señales de contaminación que están viendo por todos lados, su mundo y su propia existencia están seriamente amenazados, tienen que hacer algo. La reina Scira ha consultado con hadas y elfos posibles soluciones, las tres razas han llegado a una conclusión: deben educar a los humanos, y atajar el problema desde la raíz misma, sino cualquier remedio mágico que puedan hacer será en vano. Ambos, hadas y elfos, dejan que la reina de los Aquens piense en estrategias o planes para poder conseguir ese reto tan grande.

Ella, con su séquito, deciden hacer un congreso general donde los más ancianos del lugar piensen qué hacer. Es una reina joven, pero valiente y con mucha fuerza, todos la respetan y tienen en cuenta sus decisiones y opiniones, no obstante, ella no toma ninguna medida importante sin antes consultar con los más sabios del lugar. Y a ellos se dirige con tono enérgico en la asamblea organizada para tal fin:

—Hadas y elfos han llegado a nuestra misma conclusión: hay que hacer algo y actuar lo más rápido posible. Los humanos están destrozando el planeta y no se están dando cuenta; hay que enseñarles que el mundo cambiará el día que dejemos de ser egoístas y miremos a nuestro alrededor, entonces nos percataremos de toda la vida que fluye, alguna de la misma depende directamente de nosotros, de nuestro comportamiento.

Tenía razón. Todos estaban de acuerdo con sus palabras, pero ¿cómo hacerles llegar a los humanos ese mensaje? ¿Cómo cambiar su actitud, su comportamiento, su modo de vida? La magia les podía servir, pero necesitaban algo más, un cambio desde dentro, un cambio de mentalidad.

De entre los asistentes a la reunión, surge la voz de un Aquens, no tan anciano como el resto, conocido en el lugar por sus grandes hazañas y su cabeza algo alocada en algunas ocasiones: Limei.

—Yo propongo desplazarnos hasta el mundo de los humanos, organizar una expedición y desde allí luchar para solucionar el problema.

Sus palabras produjeron las risas y casi las burlas entre los asistentes y se oían comentarios como:

—Claro, Limei, y nos presentamos a los humanos...

—¿Con qué luchamos, Limei? ¿Con tomates?

—Eso es imposible, nos descubrirían...

—¡Silencio! —gritó la reina Scira—. Todas las ideas son válidas, lo único que tenemos que hacer es discutir las razonadamente y obrar en consecuencia.

En el fondo, a la reina no le parecía una idea tan descabellada, la única manera de solucionar el problema desde la raíz era entrando en el mundo de los humanos, ver sus costumbres, su modo de vida y hacer algo para que todo cambiara. No era necesario luchar contra nadie, sino más bien luchar contra la contaminación, los humanos son los culpables de la misma, pues primero hay que ver qué hacen para provocarla y después, buscar las soluciones que la fueran frenando y eliminando poco a poco.

Y así se lo transmitió a la asamblea, la cual, primeramente, enmudeció ante tal resolución de la reina, algunos, incluso, no sabían si estaba hablando en serio. Después de unos minutos de reflexión aparecieron miles de preguntas; la principal era qué harían una vez estuvieran en tierra de los humanos, no podían descubrirse ante ellos, pues no solo su raza peligraría, sino también el resto de seres maravillosos y mágicos, el mundo de fantasía acabaría aniquilado por las barbaridades humanas. La propia reina sabía los enormes riesgos ante los que se exponía, no conocían muy bien el mundo humano, pero una vez allí, estudiándolos detenidamente, llegarían a buscar la solución que ahora mismo desconocían.

Los más ancianos seguían sin ver demasiado claro el plan de la reina, pero tampoco tenían otra solución y había que actuar. Finalmente, después de pensar y hablar entre todos, Dídot, un anciano conocido por su amplia cultura y su poca predisposición al trato cordial y amable entre sus congéneres, expuso su opinión:

—Efectivamente es una idea un tanto alocada, mi reina, pero si queremos hacer algo no podemos quedarnos de brazos cruzados esperando que los humanos reaccionen por sí solos, o cambie el planeta de la noche a la mañana. Haremos, por tanto, lo que propones: Limei será el encargado de organizar una expedición con algunos de los Aquens más idóneos para la misma, no más de cincuenta, entre los cuales me incluirás; viajaremos por el río hasta la primera ciudad humana con la que nos encontremos; desde ahí, escondidos,

estudiaremos el comportamiento humano, su civilización y después veremos qué remedios realizar. Primeramente, no nos exponremos ante ellos, con el tiempo sopesaremos qué es lo más conveniente. No sé si servirá de algo, pero habrá que comprobarlo.

—Gracias Dídot —manifestó la reina Scira muy complacida—. Pues así se hará. Limei, serás el jefe de la expedición. Cuando hayas reunido a todos los Aquens y preparado todo lo necesario, partiremos. Esta noche le comunicaré nuestra decisión tanto a las hadas como a los elfos, sé que podremos contar con ellos en caso de necesidad. ¡Manos a la obra!

Dídot había hablado muy sabiamente, no quedaba otra salida, aunque todos reconocían que era una solución muy arriesgada, pero el mundo entero, el planeta, estaba en riesgo, por lo tanto, cualquier cosa que se hiciera era poco, en comparación con el problema al que se enfrentaban.

Esa noche, como dijo la reina Scira, comunicó tanto a hadas como a elfos la solución que habían propuesto, así como su marcha, la expedición y lo que harían una vez que estuvieran allí. Efectivamente, tanto unas como otros ofrecieron su ayuda y aclamaron su decisión, ambos manifestaron la peligrosidad del plan, pero alabaron su valentía y su gran predisposición.

Todo estaba en marcha, por tanto, ya no había vuelta atrás.

CAPÍTULO 2

Tres días después, Limei manifestó a la reina que ya todo estaba preparado, solo quedaba que ella diera el visto bueno y propusiera un día para la partida. A ella le pareció una expedición acorde con las circunstancias a las que se iban a enfrentar, mayoritariamente estaba compuesta por Aquens exploradores, varios sanadores, algunos obreros cualificados para arreglar mil cosas, Dídot, que era el único sabio, ya que, por edad, el resto había preferido quedarse y, por último, ella, acompañada de un par de sus ayudantes más cercanas. Todos con buena predisposición y deseando poder ayudar a su pueblo. La partida, pues, quedó fijada para el día siguiente en cuanto saliera el sol.

Ese último día pasó rápido, preparando los pequeños detalles que faltaban, las tres barcas que los transportarían y despidiéndose de sus familiares. Aunque era una aventura bastante peligrosa, todos estaban confiados y optimistas, la naturaleza de los Aquens era así y, sobre todo, se sentían contentos de poder servir a su reina.

A la hora convenida, toda Aquer se desplazó hasta la superficie del río, cargaron las canoas con todo lo necesario y comenzaron los abrazos de despedida. La reina Scira contemplaba la escena con una mezcla de temor y felicidad en su rostro; era bonito ver las muestras de cariño que se prodigaban, pero sentía algo de miedo por no saber a lo que se enfrentaban y ni tan siquiera si volverían algún día... Podían pasar muchas cosas.

Cuando todos los Aquens estuvieron acoplados en sus respectivas canoas, Limei anunció a la reina que ya solamente quedaban ellos dos por subir. Los ojos de toda Aquer la miraban, esperaban que dijera algo y ella sabía que tenía que hacerlo, pero la verdad es que apenas le salían las palabras de su boca, no obstante, respiró profundamente y exclamó:

—¡Queridos Aquens! Comenzamos una gran aventura, pero no estéis preocupados, ni los que nos vamos, ni los que aquí os quedáis, todo irá bien porque los astros nos acompañan, porque la luna llena nos guiará y porque los corazones de todos estarán siempre unidos para conseguir nuestro objetivo.

Una alabanza de aplausos y vítores interrumpió su pequeño discurso, cosa que agradeció porque ya no sabía qué más decir, así que, con un movimiento

de reverencia hacia su pueblo, se dio la vuelta y entró en una de las canoas. Limei la siguió y a su orden las barcas comenzaron su viaje. No miró atrás hasta que dejó de escuchar el griterío de los Aquens desde la orilla y cuando lo hizo, vio las montañas «Simas» rodeadas de nubes que parecían decirle: buena suerte y volved pronto. Sacó la mano por uno de los laterales de la barca y tocó ligeramente el agua del río Magus, con ella se tocó la cabeza cerrando los ojos y suspirando, repitiéndose una y otra vez que todo tenía que salir bien y que tarde o temprano volverían. Su pueblo lo era todo para ella y lo defendería por encima de todas las cosas. A partir de ese momento ya no volvió a ser la misma, su rostro se transformó en la viva imagen de la presión y la responsabilidad, y maduró más en unas horas que en todos los años que llevaba de mandato. Solo sus ayudantes, las que convivían con ella constantemente lo notaron, el resto la siguió viendo como la reina que era.



CAPÍTULO 3

Los primeros días de navegación fueron entretenidos, miraban mapas humanos que las hadas les habían dejado donde aparecía la ciudad a la que se dirigían, así como se dibujaba perfectamente el trayecto del río hacia ella con sus constantes meandros. No había lugar a la equivocación, siguiendo su curso llegarían a ella, no sabían el tiempo, pero era cuestión de esperar y tener paciencia.

Como repitiendo patrones aprendidos desde pequeños, los Aquens tenían las mismas costumbres que en su ciudad, cada uno se afanaba por estar ocupado en las tareas que le habían sido encomendadas dentro de la barca y todo seguía un orden establecido, el orden que Limei, Dídot y la reina Scira, habían propuesto. Ellos eran los encargados de que todo funcionara correctamente.

Tres días después empezaron a notar cómo el agua del río aumentaba de caudal progresivamente y al mismo ritmo que lo hacía, comenzaron a aparecer unas manchas de una sustancia viscosa, unas veces blanca y otras, negra, que flotaban en la superficie. Al principio no les dieron importancia, pues eran manchas pequeñas y que aparecían muy de tarde en tarde, pero con el paso de las horas aumentaron, no solo en tamaño, sino también en cantidad; y, además, iban acompañadas de un olor muy desagradable. No sabían si ese olor podía ser perjudicial, su sentido del olfato estaba muy desarrollado, al igual que los otros sentidos y quizá las notaban antes que el resto de seres vivos justamente por eso. Dídot y la reina Scira no dejaban de mirarlas y buscar una explicación:

—¿Qué pueden ser, Dídot? —preguntó Scira.

—Creo, mi reina, que es la temida contaminación, su olor desagradable y su color me hace pensar que no puede ser otra cosa.

—¡Oh, no! —exclamó la reina—. También el río está afectado, por tanto, la situación es peor de lo que esperaba, a este ritmo pronto llegará a Aquer y, ¿qué haremos entonces?

En esas cavilaciones estaban cuando Limei llegó corriendo hasta donde se encontraban:

—¡Mi reina, mi reina! Me comunican desde la última barca que han visto peces muertos alrededor de esas manchas.

—¡Eso es peligroso, muy peligroso! —exclamó Dídot—. Si los peces mueren por ellas, nosotros también estamos en peligro. Intentemos evitar en todo lo posible el contacto con las manchas, que las barcas no las rocen ni siquiera y que todos tapen sus bocas y nariz con trapos, esperemos que con eso sea suficiente.

—Pero ¿qué haremos si aparecen más? —preguntó Limei—. Cada vez se ven más y de mayor tamaño.

—Por desgracia, no lo sé Limei, confiemos en que al estar relativamente alejados de ellas y con las improvisadas mascarillas no suframos ningún mal.

—De acuerdo, iré a avisar a todos.

—Es una buena idea, Dídot —dijo la reina Scira—, pero no sé si realmente causará efecto. Evitaremos también coger agua del río, esperaremos a estar en algún lago, cascada o similar, donde veamos que el agua está clara para poder recoger la que necesitamos.

—Sí, sería conveniente. Es un enemigo silencioso, mi reina, del que no conocemos mucho, pues nosotros, los Aquens, no hemos tenido nunca, en todos los siglos que llevamos en Aquer, necesidad de enfrentarnos a él. Hemos visto lo que produce en los animales y en las plantas, sus malignos efectos y nuestros remedios nunca han funcionado con ellos, no hemos podido salvarlos.

—Bueno, vamos a prepararnos también nosotros con las mascarillas y preguntaremos a los sanadores si traen consigo algún remedio para limpiar el agua.

Ambos estaban sumamente preocupados, pues no sabían lo que podía pasar, como decía Dídot, no conocían los efectos de la contaminación en ellos; y los remedios que habían utilizado para salvar a los animales que habitaban cerca de Aquer, o que habían llegado hasta allí heridos huyendo de ese mal, no les habían servido. Algunos, incluso, habían sobrevivido momentáneamente, pero algo se quedaba en su interior que les hacía que, finalmente, murieran.

Hablaron con los sanadores buscando posibles soluciones ante lo que les podía deparar, ellos conocían todas las plantas medicinales y remedios curativos que existían, pero claro, para curar lo conocido, es decir, lo que ellos sabían, a lo que se enfrentaban todos los días en su ciudad; la contaminación era algo nuevo, algo que habían traído los humanos y la inexperiencia era